

¡MIERDRA, MIERDRA, MIERDRA!

Alfred Jarry se anticipó a todas las vanguardias con el texto teatral "Ubú Rey"

¡Un escarbadientes! Aquella fue la petición que formuló Alfred Jarry al ser interrogado en su lecho de muerte sobre su último deseo. No fue esa extravagancia postrera lo que hizo pasar a la historia de la literatura al gran escritor francés, sino un nombre que ha trascendido y trasciende más allá de toda verdad verdadera (y trascendente): Ubú.

El profesor de física Félix Hébert, debía tener cierta tendencia al histrionismo autoritario, o tal vez andaba en ese espectro de personalidades que suelen dar pábulo a la mofa y la befa de su impaciente alumnado, seguramente debido a una forma de hablar sincopada y grandilocuente. El nombre de Félix Hébert, en las pérfidas manos de un jovencísimo Jarry y sus compañeros de estudios, evoluciona hacia *Père Heb*, y también *Ebé*, *Ebón*, *Ebance*, *Ebouille*, hasta servir de trampolín para la construcción de *Ubu roi*.

A partir de los quince años de edad Jarry escribe los primeros textos de *Ubu roi*, que presentará al público en el Théâtre de l'Oeuvre de París en 1896. Aquel estreno, como el

de casi todas las grandes obras de vanguardia, se desarrolló en medio del rifirrafe ocasionado por el enfrentamiento entre partidarios y detractores.

Si bien es cierto que dos años más tarde *Ubu roi* consigue llenar el Théâtre des Pantins con la adaptación para marionetas -creadas por Pierre Bonnard- y con música Claude Terrasse, la fama de Jarry nunca pasaría de ahí. *Ubu roi* y sus secuelas (*Ubu cocu*, *Ubu enchaîné*, *Almanach du Père Ubu* e incluso aquella premonición del mp3 que fue *Ubu sur la hutte*), no lograron consagrar a uno de los autores más intensos de la literatura universal. Alfred Jarry murió a los treinta y cuatro años, endeudado hasta el calcañar y ninguneado por la crítica del momento.

Ubú es algo más que una corrosiva parodia del absurdo autoritario, de los eternos abusos de poder y del apetito desmedido: es también una metáfora sobre el principio de autoridad. Aquellos que ostentan un cargo de responsabilidad, ya sea el magisterio, la política, el ejército o la empresa, sin caer en la fácil tentación de lucrarse, solazarse, refocilarse y beneficiarse de su posición, son una gota en medio del océano.

A lo largo de toda su obra, el lenguaje de Jarry no se contenta con interpretar la realidad mediante el sarcasmo y la parodia, sino que tiende a sustituir esa misma realidad por

juegos de voces basados en la equivalencia de contrarios. Ubú se adelanta a todas las vanguardias literarias y artísticas mediante una recodificación del lenguaje. A la vista de que la literatura usa unas herramientas comunes al alcance de todos, Jarry reinventa su propio lenguaje a partir de ese vehículo primario. No se preocupa tanto la belleza estética de las palabras, como de las infinitas posibilidades funcionales de éstas. Frente a los problemas expresivos del lenguaje hablado, Jarry recurre a las soluciones imaginarias, creando nuevas formas, increíbles paráfrasis, imposibles asociaciones. Llega el momento de poner la literatura al servicio del lenguaje, y no al contrario, como había sucedido hasta entonces. Como colofón al despropósito decimonónico de pretender que la literatura ha de retratar la realidad tal como es, un pequeño foliculario provinciano recién llegado a París, acaba de cerrar el ataúd de Balzac, abriendo las puertas de la más pura creación literaria. La realidad siempre ha sido y será tamizada por el pensamiento del autor. Los ojos de Jarry contemplan la realidad equipados con lentes de aumento y la proyectan sobre espejos cuidadosamente deformados.

El personaje de Ubú llega a apoderarse de su propio creador, quien -después de haberle dado forma y entidad- adquiere sus maneras, sus debilidades e incluso buena parte de sus vicios. Ubú y Jarry se mezclan en una sola personalidad que se mueve por París en

una bicicleta de piñón fijo (que jamás llegaría a pagar) y con un revolver al cinto que solía disparar cuando iba bien cargado (el escritor, no el revólver) de absenta. El mito de Alfred Jarry, su vida disoluta y autodestructiva, ha llegado a superar de tal manera al propio autor que, hasta hace relativamente poco, no se ha empezado a valorar seriamente una obra sin la cual no se entenderían la mayor parte de las grandes innovaciones literarias del siglo XX.

Sin el precedente de la obra Jarry -esa primera ficha de dominó que destinada a provocar una larga y fructífera reacción en cadena- habría resultado poco menos que inexplicable la existencia de creaciones como el Teatro de la Crueldad de Artaud; "El águila de dos cabezas" de Cocteau; el Teatro del Absurdo de Ionesco o el Teatro Pánico de Arrabal; "El balcón" de Genet; "Descuartizamiento para todos" de Boris Vian; "Caligramas" de Apollinaire; "Esperando a Godot" de Beckett; "Ejercicios de estilo" de Queneau; "Hamletmachine" de Heiner Müller; "¿Qué pequeño ciclomotor con el manillar cromado en el fondo del patio?" de Perec; "El poder de las locuras del teatro" de Jan Fabre.

En otros senderos expresivos caminan Duchamp, Cage, Stravinski, Basquiat, y los movimientos del OuLiPo, La Internacional Situacionista, o la Bauhaus, por citar algunos

de los más eminentes ejemplos del testamento ubuesco.

Podríamos hablar de los absurdos de la posteridad; de un personaje, *Pére Ubu*, que ha llegado a enraizarse en el inconsciente colectivo de la cultura francesa hasta el punto en que hoy es sinónimo de la caprichosa falta de modales democráticos con que actúan algunas figuras de la clase política. Recuerdo que durante los días de la toma de posesión del inefable Sarkozy, era fácil toparse en París con más de un cartel donde insertaban la cara del nuevo presidente de la república en la oronda silueta de Ubú, bajo una inscripción que rezaba: *¡Merdre, merdre, merdre: 5 ans avec Sarkozy!*

Ubú rey anda por ahí suelto en forma de sátrapa oriental que se sienta a excretar en inodoros de platino -el sagrado trono en toda su plenitud- mientras deja morir de hambre al pueblo que lo adora. Ubú fue Napoleón, y Saddam Hussein, y Mussolini, y Stalin, y Hitler, y Franco, y Gadafi, y Videla, y Pinochet. Es Putin, es Berlusconi, es Thatcher, es Al-Assad. Ubú es incluso ese mercado que dicta los designios de unas marionetas que llamamos gobernantes. Ubú es nuestro grotesco deseo de poseer cosas inútiles, nuestro apego a los telefonillos de última generación, nuestra estólida sed de eternidad. Ubú es la necedad que nos hace adictos a esa quimera llamada identidad: la estúpida idea de Patria, Pertenencia y Sacrificio. Ubú es la violencia y la hipocresía que

se ocultan tras los modales burgueses. Ubú es el inexcusable absurdo en que el ser humano ha escrito su historia. Ubú es <<*el perfecto anarquista, con lo que impide que nosotros lleguemos nunca a ser el anarquista perfecto, quien, al seguir siendo humano, seguiría haciendo ostentación de cobardía, fealdad, suciedad...*>> (Les Paralipomènes d'Ubu, 1896)

Al igual que el payaso se disfraza para entregarse a la crueldad del público, Jarry lo hace de Ubú para llamar la atención sobre nuestra propia inmundicia. Ubú es -rizando el rizo de la espiral de su ombligo- al mismo tiempo payaso y bufón. Lo que en un principio puede parecernos una estrambótica caricatura de la autoridad, es finalmente el retrato fidedigno de eso que eufemísticamente denominamos *la erótica del poder*.

En estas circunstancias ya no es tan difícil comprender por qué el texto de Jarry inaugura la literatura del siglo XX (diez años antes de su advenimiento) con la exclamación: ¡mierdra! Porque mierdra es el propio Ubú -desparramado trasunto de Macbeth-, mierdra es la historia de una civilización construida sobre la sangre de los oprimidos. Mierdra es un canon artístico donde se entroniza lo banal por encima de la emoción inmanente a la belleza. Sobre cimientos de mierdra están edificadas las grandes academias, los ilustres colegios profesionales, las ubérrimas sociedades de amigos del

fervor patriótico, los fondos monetarios, los bancos mundiales, los comités olímpicos, los sindicatos amigos, el clientelismo ideológico, el voto útil, las campañas electorales, la programación televisiva, los grandes galardones literarios, la pretendida austeridad política... Mierdra es la tiranía mercantil, capaz de hacerse pasar a sí misma por oro.

¡Ah, guarritud divino tesoro!

Eso sí, lo que Jarry jamás hubiera podido imaginar, ni en la más patafísica de sus pesadillas, es la posibilidad de contemplar tanta mierdra amontonada en las librerías.

¡Por mi candela verde; qué momento!

En su capacidad de rizar el rizo, Jarry hace que Ubú (*Ubu cocú*) se adelante al mismísimo doctor Faustroll (*Gestes et opinions du docteur Faustroll, pataphysicien*, 1911) declarándose patafísico. "La patafísica", afirma Ubú, "es una ciencia que hemos inventado y cuya necesidad se sentía". Nada más patafísico que hablar de patafísica antes del nacimiento de la propia patafísica. Eso sí, no será hasta el advenimiento del doctor Faustroll cuando Jarry ponga en práctica una de sus más célebres equivalencias de contrarios al definir la patafísica como "la ciencia de las leyes que regulan las excepciones". Habida cuenta que *ley* y *excepción* son conceptos que no casan ni con pegamento de contacto, sólo en el seno de la ciencia patafísica cabría tal asociación.

Pero, ¿por qué precisamente esta contradicción? Quizá porque la estupidez es ley en el conjunto humano, mientras la inteligencia constituye una excepción a tan palmaria realidad.

En resumidas cuentas: Ubú es fiel retrato de la sustancia de la vida, en cuanto que la vida, el mundo y todo lo que huela a humanidad es absurdo por definición, y todo intento de tomarse la existencia en serio es un somero despropósito.

Gärt